PABLO VI, O LA LLAMA DE LA CARIDAD Y DE LA FE

CONVERSACIÓN, EN VÍSPERAS DE LA BEATIFICACIÓN DEL PAPA MONTINI, CON EL TEÓLOGO JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS

A la izquierda, Pablo VI impone el capelo cardenalicio al arzobispo de Cracovia, Karol Wojtyla. A la derecha, el Papa Juan XXIII junto al cardenal Montini, entonces arzobispo de Milán.

Este domingo 19 de octubre 2014 el Papa **Francisco** beatifica en San Pedro de Roma, en la misa de clausura de la Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, dedicado a la familia, al restaurador del Sínodo de los Obispos: al Papa **Pablo VI**. El sacerdote leonés, catedrático emérito de la Universidad Pontificia de Salamanca, colaborador de ECCLESIA y de ECCLESIA DIGITAL, escritor y reconocido conferenciante y predicador **José-Román Flecha Andrés** (1941) es una de las personas que mejor conocen en España a **Giovanni Battista Montini**. No en vano, entre otros «títulos», Flecha es miembro del Instituto Pablo VI de Brescia.

–PREGUNTA: ¿Desde cuándo y por qué su seguimiento y admiración por Pablo VI?

–RESPUESTA: Ya desde mis tiempos de estudiante en el seminario de León solía colaborar con la revista *Colligite*, que publicaba el Centro de Estudios «San Isidoro». A aquella redacción llegó un hermoso volumen que recogía los datos más importantes de la Misión extraordinaria para la ciudad de Milán que se desarrolló del 5 al 24 de noviembre de 1957. En la carta de invitación el arzobispo Montini escribía que

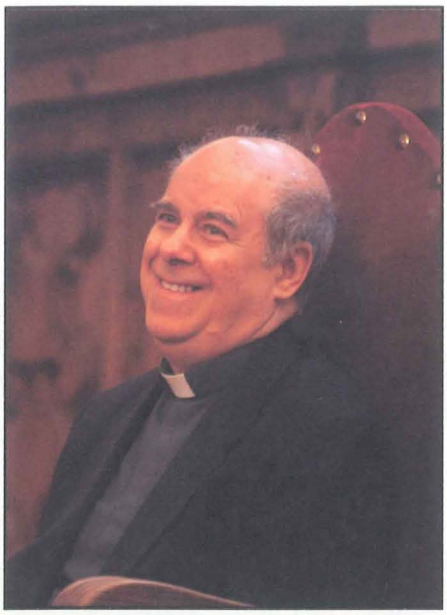
la Misión tenía como objetivo principal «el de hacer escuchar una auténtica palabra religiosa a los hermanos alejados». Todavía no era cardenal, pero ya se intuía en aquel mensaje el ánimo inquieto del gran evangelizador. Personalmente, yo no estaría cerca de Pablo VI, hasta que, estudiante en Roma, pude estar presente en su visita al nuevo colegio español.

–P: ¿Dónde y cómo discurre el ministerio sacerdotal de Montini?

–R: Juan Bautista Montini nació el 26 de septiembre de 1897 en Concesio, un pueblo que se encuentra a las afueras de Brescia y en el que se levantan las nuevas instalaciones del Instituto Pablo VI, inaugurado por el Papa **Benedicto XVI**, en su visita a Brescia y Concesio, el 8 de noviembre de 2009. Gracias a una dispensa especial, debida a su estado de salud, el joven Montini asiste durante cuatro años a las clases del seminario. Apenas ordenado sacerdote, el 29 de mayo de 1920, es enviado a continuar sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma. Cuatro años después entra en la Secretaría de Estado del Vaticano, de donde saldrá treinta años más tarde, al ser nombrado arzobispo de Milán. En una ocasión, su total dedicación a esta su tarea en el Vaticano le hizo escribir a sus familiares: «El servicio al altar se reduce tanto que siento nostalgia y necesidad de él».

–P: ¿Nos habla de los trabajos de Montini con los universitarios?

–R: Durante unos cuantos años, logra simultanear su trabajo en la Secretaría de Estado con su tarea como asistente eclesiástico de la FUCI (Federación Universitaria Católica Italiana). En los cursos y conferencias que imparte incansablemente a los universitarios, insiste siempre en los ideales de «estudio, ciencia, sabiduría, dominio triunfante del espíritu fiel a la verdad». Personalmente de ese tiempo me gustan sus apuntes sobre las cartas de San Pablo, los escritos litúrgicos y muchos de los mensajes recogidos en el gran volumen de *Scritti Fucini* (1925-1933), publicado



En esta página, arriba, Pablo VI junto al presidente de la CEE y el secretario general, cardenal Tarancón y monseñor Yanes, respectivamente, y monseñor Palenzuela, obispo de Segovia. Abajo, José-Román Flecha Andrés.

por el Instituto Pablo VI. En ese tiempo, Montini hizo grandes amistades entre los que llegarían a ser buenos profesionales católicos. La presión del fascismo hasta la disolución de la FUCI fue un duro golpe para él, a causa de las sospechas y acusaciones que tuvo que padecer en ese tiempo. Bien sabemos que era buen amigo de los grandes líderes de la Democracia Cristiana, como **Fanfani**, **Moro**, **La Pira**, **Veronese**.

–P: Cuándo y por qué es nombrado obispo?

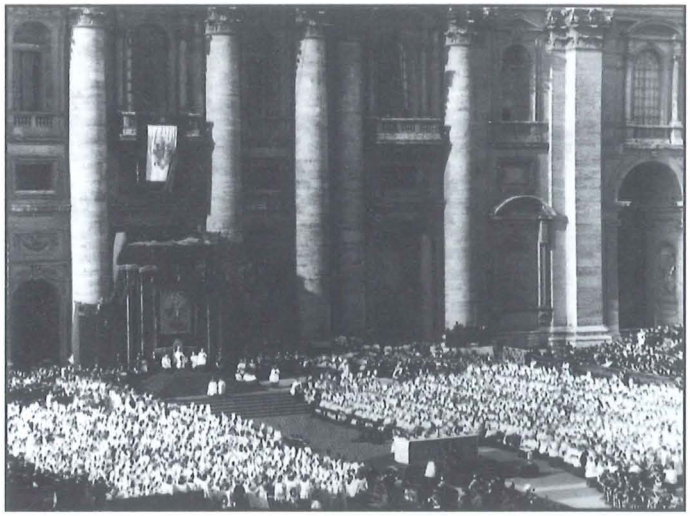
–R: Monseñor Montini fue nombrado arzobispo de Milán en noviembre de 1954, tras la muerte del cardenal **Schuster**. Fue consagrado en la basílica vaticana el día 12 de diciembre y entró solemnemente en Milán el día 6 de enero de 1955. A veces se dice que tal nombramiento habría sido promovido por los curiales que a toda costa deseaban alejar a Montini del Vaticano. Pero otros afirman que fue el Papa **Pío XII** quien personalmente deseaba conceder a Montini la ocasión para contar con una experiencia pastoral que habría de prepararlo para llegar un día al papado. Es interesante la anécdota que recuerda cómo su amigo **Pietro Salviucci**, canciller de la Pontificia Academia de las Ciencias, despidió a Montini con unos versos que concluían diciendo: «Y hoy te despido como obispo que parte, pero aquí te espero como Papa del futuro».

–P: ¿Cómo asume el cardenal Montini la convocatoria del Concilio Vaticano II?

–R: En un libro reciente de entrevistas a los que hicieron el Concilio, editado por Filippo Rizzi, el cardenal **George-Marie Cottier** ha recordado el discurso que el cardenal Montini pronunció en el Capitolio el 10 de octubre de 1962, es decir, la víspera de la inauguración del Concilio. En aquella ocasión afirmó el arzobispo de Milán que desprenderse del poder temporal había sido una bendición para el papado, que facilitaba el anuncio más libre y auténtico del evangelio. Esa idea habría de iluminar su actuación durante el Concilio y después del Concilio. Ahora bien, ya durante la primera sesión del Concilio descolló, junto con los cardenales **Suenens** y **Lercaro**, como uno de los padres conciliares que habían captado el verdadero significado de la renovación de la Iglesia. Se ha dicho que, una vez elegido Papa, Montini ejerció un insustituible papel de guía y de moderador tanto de los innovadores como de los conservadores. Un ejemplo de este espíritu podría ser la declaración de María como Madre de la Iglesia, al finalizar la tercera sesión del Concilio y aprobar la constitución *Lumen gentium*.

–P: ¿Cómo fue la relación entre Roncalli y Montini?

–R: En abril del 2013, se celebró en Bérgamo, diócesis originaria de **Angelo Giuseppe Roncalli**, ya **San Juan XXIII**, un interesante congreso sobre este tema. En aquel momento se presentó el amplio volumen que recoge la correspondencia entre ambos Papas. Procedentes de Lombardía, aunque formados en contextos un tanto diferentes, los dos Papas compartían un profundo amor a la Iglesia y un sincero anhelo de renovación interior y de acercamiento al mundo contemporáneo. Con frecuencia se olvida que ambos contaban, además, con una excelente preparación diplomática y habían tenido la ocasión de ejercer un ministerio pastoral en diócesis muy importantes como Venecia y Milán.



De arriba a abajo, sesión de clausura del Concilio Vaticano II, el 8 de diciembre de 1965; una fotografía que evoca el encuentro en Jerusalén de Pablo VI y el patriarca Atenágoras, en enero de 1964; y el Papa Montini, con la primera ministra de Israel, Golda Meier.

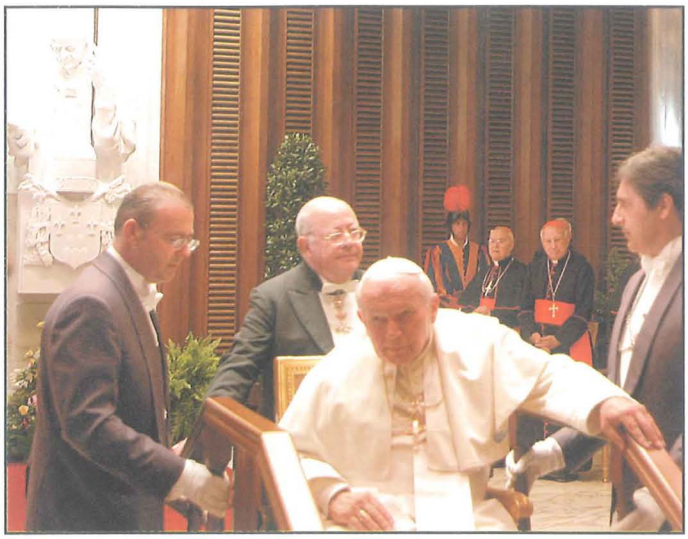
–P: ¿Era el cardenal Montini el «heredero» natural de Juan XXIII?

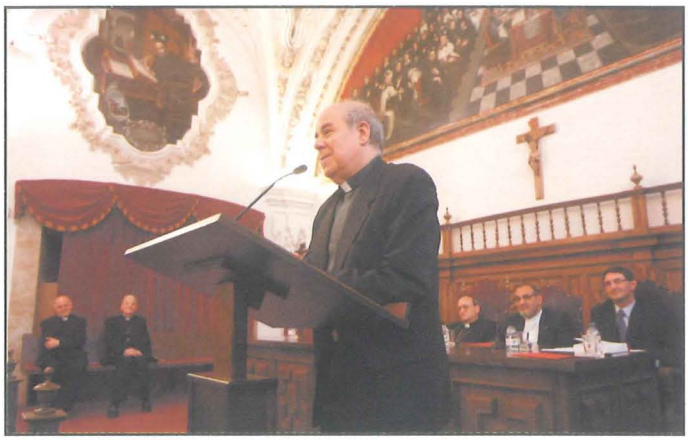
–R: El cardenal **Loris Capovilla**, que fue el fiel secretario de Juan XXIII, ha revelado recientemente la profecía que el Papa Roncalli pronunció en su lecho de muerte: «Mi sucesor podría ser Montini». Él mismo recuerda que cuando Pablo VI recibió por primera vez a los obispos ortodoxos, afirmó sencillamente: «Este encuentro lo debemos al Papa Juan». De todas formas, para todos es fácil leer el discurso con el que Pablo VI inició la segunda sesión conciliar y en el que introdujo una sentida invocación a su predecesor que comienza con esta acción de gracias: «Oh querido y venerado Papa Juan! Gracias y alabanzas te sean dadas por haber convocado este Concilio, movido por la inspiración de Dios, para abrir nuevos derroteros a la Iglesia y a la vez para derramar sobre el mundo nuevas y ocultas aguas de gracia de Dios».

–P: ¿Qué orientación le dio el ya Papa Pablo VI al Concilio Vaticano II?

–R: Se suele decir que Pablo VI, elegido Papa el 21

de junio de 1963, quiso estar mucho más presente en el Concilio de lo que había estado Juan XXIII. Así lo demuestra la «nota explicativa previa», en la que quiso exponer el sentido y el alcance de la colegialidad episcopal, aprobada por la asamblea conciliar. Al comienzo de la segunda sesión del Concilio, Pablo VI entonó un precioso himno a Cristo como Señor de la Iglesia. Aquel discurso, junto el que pronunció ante la Asamblea de las Naciones Unidas y a todo su viaje a Tierra Santa, marcarían de forma imborrable el itinerario conciliar. Por otra parte, Pablo VI no ocultaba la orientación que pretendía dar al Concilio. Yo estaba en la basílica de San Pedro el día 7 de diciembre de 1965. En aquella última sesión pública del Concilio, en la que se promulgaron cuatro importantes documentos, Pablo VI resumió en un discurso magistral la inspiración conciliar, el espíritu que había guiado los trabajos y las aportaciones que el Concilio dejaba a la Iglesia y al mundo.





—**P: ¿En qué medida el Vaticano II fue el Concilio de estos dos extraordinarios Papas? ¿Fue más de Juan XXIII, más de Pablo VI?**

—**R:** La idea de un Concilio estaba ya presente en los Papas **Pío XI** y Pío XII, como reveló en su día el cardenal **Ernesto Ruffini**, arzobispo de Palermo. Pero fue el espíritu carismático y profético de Juan XXIII el que intuyó la llegada del tiempo oportuno. Es cierto, sin embargo, que él mismo habría de ir madurando con el tiempo la idea y el propósito de la asamblea que había convocado. Todavía el día de la inauguración, en el célebre «Discurso a la luna», dio a entender que imaginaba un Concilio breve que apoyara los esquemas preparados por la Curia. Ahora bien, aun habiendo trabajado durante tantos años en la Curia, Pablo VI intuyó que era preciso escuchar las voces provenientes de toda la Iglesia.

—**P: ¿Un apunte sobre la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI?**

—**R:** En primer lugar, quiero recordar que esta primera encíclica de Pablo VI, fue firmada el 6 de agosto de 1964, fiesta de la Transfiguración del Señor. Habían tenido lugar dos sesiones conciliares, pero todavía faltaban otras dos, en las que habrían de debatirse las grandes cuestiones sobre la Iglesia, sobre su presencia en el mundo y sobre la libertad religiosa. Así pues, en la mitad del Concilio el Papa publica esta encíclica programática. En ella evocaba Pablo VI la conciencia que la Iglesia ha de tener de sí misma, esbozaba los caminos para una verdadera renovación de la misma y analizaba los presupuestos indispensables para un sincero diálogo con el mundo moderno. Deberíamos recordar con frecuencia aquella afirmación que el Papa incluía al final de su mensaje: «La Iglesia está viva, hoy más que nunca. Pero considerándolo bien, parece como si todo estuviera aún por empezar; comienza hoy el trabajo y no acaba nunca» (*ES* 121).

—**P: ¿Marcaron el pontificado de Pablo VI las encíclicas *Sacerdotalis caelibatus* y *Humanae vitae*?**

—**R:** En cierto modo, así es. En la primera de ellas, firmada el 24 de junio de 1967, decía Pablo VI que «el celibato sacerdotal, que la Iglesia custodia desde hace siglos como perla preciosa, conserva todo su valor también en nuestro tiempo, caracterizado por una profunda transformación de mentalidades y de estructuras» (*SC* 1). Pero precisamente ahí se encuentra la clave de las discusiones que suscitó. La profunda transformación de mentalidades y de estructuras, atestiguada ya por el año y medio que había transcurrido desde la clausura del Concilio, llevaría al Papa a presenciar un amplio movimiento de sacerdotes que buscaban la exención de sus deberes y compromisos. No había de ser menor el problema surgido después de la publicación de la encíclica *Humanae vitae*, firmada el 25 de julio de 1968. Al cambio de mentalidades y de estructuras se unía ahora el conflicto entre dos formas de entender la conciencia moral con relación a la procreación responsable. No es extraño que el Instituto Pablo VI que ha promovido el estudio del pensamiento y las actividades de este Papa, aún no haya convocado un congreso so-

bre este tema. Las cuestiones que la encíclica contemplaba por entonces se han complicado posteriormente con la llegada de las nuevas técnicas de reproducción humana asistida.

En la página anterior, el Papa Juan Pablo II inaugura un busto de Pablo VI en el aula de las audiencias generales, dedicada al Papa Montini, ya que fue él quien la mandó construir. Debajo, José-Román Flecha, en el aula magna de la Universidad Pontificia de Salamanca. En esta página, escultura, en la nunciatura ante Israel, del encuentro, ya referido, entre Pablo VI y Atenágoras.

–P: ¿Cómo releer ahora estas dos encíclicas, en medio de la gran conmoción que está suponiendo el pontificado del Papa Francisco?

–R: Jesús nos dijo que el Espíritu nos iría llevando a la verdad completa. Si para Cicerón la historia era maestra de la vida, para los cristianos la historia es una ocasión para descubrir alguno de los pliegues aun no conocidos de la verdad. En este medio siglo no solo se han modificado las estructuras sociales, económicas o políticas. También ha cambiado profundamente la misma autocomprensión del hombre y de la familia. En este momento es preciso repensar la responsabilidad del ser humano con relación a sí mismo, con relación a lo otro, a los otros y al Absolutamente Otro. Y a la hora de iniciar ese re-pensamiento los cristianos no pueden tener la única palabra. El diálogo que propugnaba Pablo VI no puede reducirse hoy al quehacer humano. Ha de afectar al mismo ser humano. Habrá que ver si el celibato es siempre y en todas partes signo del amor de Dios. Y habrá que ver si la familia es hoy lo que era hace un siglo y si lo es de modo uniforme en todas las partes del mundo. El día 7 de diciembre de 1965, Pablo VI decía que durante el Concilio, «la Iglesia se ha confesado en cierta manera sierva del genero humano». Pero aquella confesión no puede quedar limitada al pasado.

–P: ¿Se puede entender del todo a Pablo VI sin la *Populorum progressio*?

–R: El Concilio Vaticano II respondió varias veces a la tópica acusación, según la cual los cristianos, por haber dirigido su mirada hacia el cielo, habrían olvidado este suelo. El 26 de marzo de 1967, Pablo VI publicaba su encíclica sobre el progreso humano, en la que afirmaba que «en los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta» (*PP* 15). Por consiguiente, según el Papa, el progreso humano entra en los planes de Dios, como explicó también en su carta *Octogésima adveniens*. Ahora bien, es preciso superar dos reduccionismos bastante habituales. El que solo valora el progreso material y el que solo trata de promover el progreso para algunos seres humanos olvidando a los demás. Hay que promover el progreso integral, es decir, para todo el hombre y para todos los hombres. Esa frase habría de ser citada hasta siete veces por el Papa Benedicto XVI en su encíclica *Caritas in veritate*.

–P: ¿Por qué razones Pablo VI «merece» ser beatificado?

–R: El cardenal **Dionigi Tettamanzi**, también arzobispo de Milán, jubilado hace tres años, ha resumido con tres palabras las virtudes características de Pablo VI: la cordialidad, el coraje y la condolencia. Está bien. Pero más allá de las virtudes morales, hay que reconocer que Pablo VI nos ha ofrecido un evidente testimonio de fe, de esperanza y de caridad. Basta leer su *Pensiero alla morte* para sentirse profundamente impresionado por la sinceridad de su fe, por el aliento de su esperanza y por la fuerza de su amor a la Iglesia y al mundo. Por otra parte, hay que liberar a Pablo VI de la falsa imagen de hombre triste que se le ha atribuido con demasiada frecuencia. Ahora que el Papa Francisco ha escrito su amplia exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, no deberíamos olvidar cuánto debe este escrito a dos exhortaciones de Pablo VI, la *Gaudete in Domino* y la *Evangelii nuntiandi*.

En el primer mensaje que dirigió al mundo católico, al día siguiente de su elección al pontificado, Pablo VI escribía: «Ojalá que brille en la familia humana la llama encendida de la caridad y de la fe». Sin ánimo de traicionar su pensamiento, podríamos decir que esas palabras definían su vida y su espíritu. ■

Manuel Muñoz